

V.- RESEÑAS

EXPEDICIÓN "JUAN DE BETANZOS: VILCAMBA 1997"

Carmen Martín Rubio (ACISAL)

Entre el 14 de julio y 15 de agosto de 1997 la expedición hispano-peruana denominada "Juan de Betanzos: Vilacamba 1997" bajo la dirección de la historiadora Carmen Martín Rubio y el periodista Santiago del valle Chousa, ha recorrido intrincados parajes de la selva amazónica del departamento de convención -Cuzco-, en busca de las ciudades incas, que conformaron el reino de Vilacamba, perdidas en 1572, cuando el ejército enviado por el virrey D. Francisco de Toledo, al mando del general Hurtado de Arbieta, capturó a Tupac Amaru, el último descendiente del imperio del Tahuantinsuyo, rebelado contra la corona española.

Desde finales del siglo pasado se ha intentado descubrir Vilcabamba la Vieja, la capital. La incursión más espectacular fue la protagonizada por Hiram Bingham, quien como consecuencia, halló Machu Pichu en 1911; si bien, fuera del territorio vilcabambino. Otros exploradores han examinado la zona, pero a excepción del laboratorio solar, conocido por Ñusta Hispana, y los yacimientos arqueológicos de Vitcis y Espíritu Pampa, el entramado urbano de aquel reino sigue ignorado, en gran parte por las grandes dificultades orográficas y ambientales.

La reciente aparición del manuscrito completo de Juan de Betanzos, **Suma y narración de los Incas**, y otros documentos importantes, referidos a dicha área, llevaron a los componentes de la Expedición a realizar una nueva exploración. Fruto de ella ha sido la

aparición de las ciudades de Pamplona y Rangalla -situadas a casi 4.000 m-, ambas de gran significado histórico durante el alzamiento.

Para el mes de agosto del próximo año, Carmen Martín Rubio y Santiago del Valle Chousa preparan otra incursión a la selva con el propósito de rastrear una encrucijada de caminos -también descubierta en el viaje anterior - mediante el cual se podrá, llegar a la auténtica Vilacamba la Vieja y al resto de los asentamientos urbanos incaicos, desaparecidos desde el siglo XVI.

SOEHLKE, Peter: *El Nuevo Mundo en la visión de Montaigne o los albores del anticolonialismo*. Caracas: Universidad Simón Bolívar/Instituto de Altos Estudios de América Latina/Fundación Bicentenario de Simón Bolívar. 1993. 212 p.

José López Rueda (Universidad de Alcalá / Bowling Green State University, EEUU)

Con este título apareció en Caracas un libro del profesor Peter Soehlke editado en 1993 por el Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad Simón Bolívar. Su autor, de ascendencia alemana y danesa, nació en París en 1937 y es hombre de sólida formación internacional en literaturas hispánicas y literatura comparada. Entre sus maestros, destacan estudiosos y ensayistas como Roland Barthes, Ricardo Gullón y Octavio Paz. Desde 1980 es profesor de la Universidad Simón Bolívar.

El libro de Soehlke viene a aumentar la escasa bibliografía existente en el mundo hispánico sobre el gran

ensayista de Burdeos, cuya obra cuenta con pocas traducciones al español, si bien últimamente, en 1994, Ediciones Cátedra ha publicado en tres volúmenes los Ensayos en la excelente versión de Dolores Picazo y Almudena Montojo. La obra de Soehlke informa sobre la persona de Montaigne y traza un panorama genral sobre lo que son los Ensayos. Esto que ya de por sí resulta útil para el lector no especializado, se completa con lo que supone el aporte principal de Soehlke, es decir, una investigación sobre las ideas de Montaigne acerca del mundo americano recién descubierto y de su conquista por los españoles.

Al resumir la vida de Montaigne, Soehlke destaca su formación humanística bajo un padre entusiasta de la antigüedad. Su mangífico dominio del latín y su profundo conocimiento de la cultura grecorromana constituyen el fondo referencial sobre el que proyecta sus meditaciones. Pero su educación no se quedó en la pura teoría, sino que recibió el espaldarazo de la praxis gracias a su contacto con los campesinos y a su intervención en la política francesa de su tiempo. Como buen humanista, Montaigne se apoya en el mundo clásico y mira hacia atrás, pero como renacentista, siente curiosidad universal, quiere ver con sus propios ojos, mira hacia adelante. De esa fusión entre tradición y experiencia nacen los ensayos, una de las puertas por las que el espíritu europeo entra en la Edad Moderna.

A Montaigne le tocó vivir en los tiempos terribles de las guerras de religión entre católicos y protestantes. Fue así testigo de las atrocidades promovidas por el fanatismo y escribió un ensayo sobre la crueldad. Montaigne era católico más por razón de estado que por convicción y aconsejó a Enrique IV que abrazara el catolicismo para hacerse grato a la mayoría de sus vasallos y subir al trono de Francia. Pero el señor de la Montaña, por su amor a la libertad de pensamiento, estaba más

cerca de los protestantes. Peter Soehlke nos hace ver cómo todo esto asoma la oreja en sus ensayos, que el papado acabó por incluir en el índice de libros prohibidos en 1674.

Otro aspecto de la vida de Montaigne que destaca el profesor de la Universidad Simón Bolívar, es el posible origen sefardita de la familia del ensayista. Al parecer, la madre de Montaigne, Antonieta de Louppes (apellido derivado de López), procedía de una familia de judíos conversos de Calatayud que emigraron a Toulouse a finales del siglo XV. Según Soehlke, esta condición, probablemente conservada en el secreto de la memoria familiar, explicaría su interés por las ceremonias y costumbres judías, su denuncia de las tribulaciones sufridas por el pueblo de Israel en España y Portugal a raíz de 1492 y su actitud favorable hacia las minorías perseguidas.

Como dijimos antes, la aportación medular de Soehlke al conocimiento de Montaigne, se centra en la visión de la América recién descubierta que el insigne ensayista nos ofrece en sus dos disertaciones tituladas "Los caníbales" y "Los coches". Soehlke nos dice que Montaigne, al comparar vencedores y vencidos en la conquista de América, se pone resueltamente de parte de estos últimos. En "Los caníbales" describe la cultura de una pequeña comunidad de indios brasileños con respeto de antropólogo moderno "avant la lettre". Al comparar a estos hombres naturales "recién salidos de las manos de los dioses" con los civilizados europeos de su tiempo empeñados en guerras de viciosa crueldad, los "buenos salvajes" resultan humanamente superiores. Incluso su reprochable canibalismo no se debe a necesidades alimentarias, sino que es un rito practicado para lograr una venganza absoluta sobre sus enemigos.

En "Los coches", Montaigne enjuicia la conquista española en la línea del Padre Bartolomé de Las Casas. Frente al

triumfalismo de la historia oficial escrita por los vencedores, Montaigne mira la conquista con los ojos del vencido o del "otro", para usar el término acuñado por Todorov. Con esta actitud, Montaigne se anticipa varios siglos a la tendencia más radical de la crítica histórica latinoamericana de las últimas décadas, cuyos seguidores se proponen escribir la historia cultural y política de América Latina teniendo en cuenta el punto de vista de los vencidos.

En su ensayo sobre "Los coches", Montaigne describe cómo los conquistadores españoles arrasaron las culturas de México y el Perú y masacraron a sus pobladores autóctonos. Pero comete la ingenuidad de suponer que si algún ilustrado caudillo de la antigüedad - Alejandro Magno, por ejemplo- hubiera conquistado América, todo hubiera sido miel sobre hojuelas. El lector se queda un tanto perplejo y no le queda más remedio que sonreír imaginando cómo hubiera sido esa conquista realizada por guerreros humanistas formados en el Liceo aristotélico. De todas formas, probablemente Soehlke tiene razón cuando opina que Montaigne, a pesar de sus denuncias, no escribía por odio a España, sino movido por el principio de humanidad. Al fin y al cabo -añade nuestro autor- Francia, Inglaterra y Holanda se convertirán en potencias colonizadoras en el siglo XVII y a partir de entonces, "sus procedimientos poco o nada tendrán que envidiar a los métodos empleados por España y Portugal".

A la luz de las críticas formuladas por Montaigne en sus mencionados ensayos, Peter Soehlke demuestra en su precioso y preciso libro que Montaigne fue un anticolonialista e inclusive un antieurocentrista antes de que tales términos se acuñaran. Esto, que no es pequeño mérito dada la época en que escribía el gran ensayista de Burdeos, proporciona a su pensamiento la luz de una rara modernidad.

LUCENA SALMORAL, Manuel: *Los Códigos Negros de la América Española*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá/Ediciones UNESCO. 1996. Prólogo de Doudou Diène. 328 p.

Pablo Tornero Tinajero
(Universidad de Sevilla)

La historia de la raza africana en América latina es otra de las grandes lagunas de la historiografía española. Tanto desde un punto de vista económico, social o cultural los trabajos que hacen referencia a la negritud son escasos y esto es algo difícil de entender si se piensa que prácticamente en todas las colonias hispanas en América el ascendiente negro es un aspecto fundamental en la creación y desarrollo de la sociedad de la postconquista. Ni que decir tiene que esto mismo se muestra como algo básico para entender el presente de esas sociedades.

La laguna de la que hablo parece obedecer a una doble causa, política y académica. Y es que la gran mayoría de los trabajos realizados por el americanismo tradicional están dedicados a analizar aquellas cuestiones que hacen referencia a las instituciones, personas o hechos que configuraron lo hispano en América, olvidando sistemáticamente, por marginales, aquellos otros asuntos los cuales en realidad fueron los factores que crearon históricamente el presente de América. Entre ellos pueden citarse desde el análisis histórico del origen de la monoproducción o la dependencia en la mayor parte de los espacios económicos de América, el papel de las migraciones forzadas o voluntarias o el estudio de las minorías étnicas hasta las grandes transformaciones culturales causantes de problemas tan reales o específicos, en el presente, como el rol de la mujer en los segmentos más populares, el sincretismo religioso o el racismo.

Por todo lo expuesto es importante la aportación que el Dr. Manuel Lucena Salmoral hace para el conocimiento de la

esclavitud negra en América. En un magnífico libro el citado autor, que ya ha analizado este tema de la esclavitud en anteriores monografías, desarrolla el estudio de los Códigos para los negros en América de un modo certero y con la dimensión histórica necesaria, puesto que superando la visión meramente legal o institucional el Dr. Lucena entra de lleno en la importante realidad histórica que significaba la esclavitud en el contexto social americano, hecho por el cual precisamente hubieron de dictarse esas pautas legales.

La obra está dividida en dos grandes apartados. En uno primero se hace extensa referencia al universo esclavista en aquellas zonas de América para las cuales se dictaron los citados Códigos, que en definitiva eran los territorios donde más incidencia económica y social tuvo la esclavitud. En el segundo y en forma de Apéndice documental se transcriben los diferentes Códigos.

Esta metodología utilizada por el autor además de ser extraordinariamente pedagógica para el conocimiento del problema planteado, presenta la verdadera realidad histórica del porqué se dictaron estas normas para los esclavos en la América española, sus consecuencias y lo más importante cual fue la reacción y la actitud de los hacendados esclavistas ante ellas.

En definitiva una gran obra, que ayuda bastante a comprender tanto la política de la Corona española con respecto a la esclavitud como la de la gran oligarquía criolla y sobre todo el papel del negro en la conformación de la historia de América.

Como escribe Doudou Diène en el Prólogo: La publicación de "los Códigos Negros Hispánicos" no constituye una contribución de carácter literario o intelectual. Antes bien, constituye una respuesta con el resurgir de los prejuicios y de los ostracismos raciales y, en consecuencia, un arma para hacer frente a

la advertencia de Bertold Brecht para quién "el vientre del que ha surgido la bestia inmunda es todavía fecundo".

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel: *La emigración canaria a América (1765-1824). Entre el libre comercio y la emancipación.* Santa Cruz de Tenerife: Ayuntamiento de La Laguna/Ayuntamiento de Icod de los Vinos/Centro de la Cultura Popular Canaria. 1996. 374 p.

Pedro Pascual Martínez (ACISAL)

Ha tenido que pasar más de siglo y medio de la ruptura total y definitiva de Venezuela como territorio español y cien años de la independencia de Cuba para que podamos tener en las manos un libro que es historia total, una obra de historia social completa sobre la participación canaria en la formación de Venezuela y Cuba como Estados soberanos e independientes. Es este un capítulo de la historia de América bastante desconocido, incluso para los americanistas, quizá porque no ha habido especialistas de la talla de Manuel Hernández González, quien no ha dejado legajo por consultar ni documento por comprobar, estudiar y analizar en la larga lista de archivos de España y América que ha visitado para acumular documentación de primera mano e inédita. Es asombroso el esfuerzo realizado.

Lo más valioso de este libro es que no es solamente una historia de la emigración de canarios a América, primordialmente a Venezuela, Cuba y Puerto Rico, que es su campo de estudio, desde el primer decreto de Libre Comercio de 1765 hasta la finalización de la guerra de la independencia venezolana, sino que además y lo que es más importante, ha reflejado en sus páginas la historia social y económica de las islas Canarias en aquellos años. Una simple historia de movimientos migratorios y demografía tendría un valor indudable, pero sería la

visión parcial de un fenómeno que condicionó la vida de las Islas Canarias durante casi medio siglo. El autor no ha dejado aspecto por tocar y su libro se hace ya hoy imprescindible para conocer a fondo la situación isleña en aquel tiempo, tanto en el puro dato estadístico de la economía y el comercio interior y exterior como en el aspecto humano de la vida familiar, el comportamiento del varón y la penosísima situación de la mujer.

Visitar hoy Venezuela y Cuba es comprobar una huella que no se ha borrado, y que el paso del tiempo no ha hecho más que acrecentar: la presencia canaria. Más: es imposible entender la historia de Venezuela de sus últimos años como territorio español y el acceso a su independencia plena sin haber estudiado a fondo la llegada de los canarios, su asentamiento e integración en las diversas capas de la sociedad criolla de aquellos ya lejanos años. Gracias a libros como este es posible explicarse los pasos que se dieron en los conflictivos años que van desde 1810 a 1824, el porqué de la participación canaria en la guerra civil venezolana y en las luchas contra las fuerzas españolas que mandaba Pablo Morillo.

Lo que hay que pedir al autor es que continúe esta historia de la emigración canaria, que siguió durante el siglo XIX, especialmente en lo que se refiere a la llegada de más emigrantes canarios a Cuba para así poder tener una visión completa de lo que la aportación española significó para la construcción del Caribe. Y que explique una duda, una incógnita que me ha quedado tras leer su magnífico libro: los canarios emigraron a América pero no lo hicieron a la Península en aquellos años. ¿Por qué?

La emigración, normalmente, obedece a causas económicas o políticas, sobre todo las primeras. En Canarias fue así debido a la agudísima crisis económica que padecían las islas al caer en picado la cotización de sus vinos, entre otros motivos. Pero no sólo fueron estas.

Políticas no las hubo porque no existió la más mínima persecución, pero sí culturales y sociales, con frecuencia promovidas bajo cuerda por la administración y por la burguesía y por la enorme persimividad de las autoridades, que creyeron en ocasiones que iban a arreglar un problema y lo que hicieron fue enconarlo. Y esto es lo que descubre Hernández González al aportar listas de embarques y salidas clandestinas de emigrantes. Claro está que si las autoridades canarias de entonces o las españolas en Venezuela y Cuba que tenían la obligación de vigilar embarques y desembarques hubieran sido cumplidoras de la aplicación de la ley, se habría evitado la sangría humana canaria hacia América, pero jamás se habrían podido escribir los capítulos de la historia de Venezuela y Cuba que ya escribieron los isleños. Esta es la cara y cruz de la moneda de la emigración, los pros y los contras de esta corriente humana por el Atlántico durante medio siglo y la aportación canaria a la historia de esos dos países. Esto es lo que explica Hernández González en su libro.

Por los diez capítulos de la obra se puede ver su contenido. La economía en crisis, la emigración como válvula de escape, el mito del indiano, radiografía insular de la emigración, emigración y vida conyugal, evolución de las corrientes migratorias, la emigración promovida por la Corona, y los dos últimos dedicados a los Canarios en Cuba y Puerto Rico, y en Venezuela.

Uno de los capítulos más estremecedores, y el autor lo cuenta con la rígida frialdad de las cifras, es el dedicado a la vida conyugal. El emigrante se iba con la idea de enriquecerse --el mito y el deslumbramiento del indiano eran también un acicate-- y enviar remesas de dinero a la mujer o pagarle el pasaje del viaje para que se reuniera con él. La mayoría de las veces no se cumplía y la mujer se quedaba sola en Canarias, con hijos, y teniendo que hacer ella todo el trabajo para sacar adelante a sus criaturas. Con cierta

frecuencia, el marido se olvidaba que había dejado una familia en las islas. Aquí se ve cuál era la vida y la situación social en las islas, sobre todo donde había más corriente migratoria, Tenerife.

El retrato de la vida canaria de entonces es certero. Lo es muchísimo más el de los canarios que vivían o se habían integrado en Venezuela. Los oficios, las ocupaciones, la consideración social que merecían y una larga lista de figuras encumbradas en los primeros puestos del comercio, la judicatura, la universidad, el clero, la milicia, etc., son expuestos de forma pormenorizada y documentada. Hasta desembocar en las guerras venezolanas, en las que hubo caudillos, generales y líderes canarios que tuvieron las máximas responsabilidades en las conducciones de cada batalla.

Una conclusión a la que llega el autor, tras aportar una serie de documentaciones, es el convencimiento en el emigrante de que no hay retorno posible, y eso que en una gran parte de los casos se va a América para mejorar de fortuna y volver. El señuelo del indiano que regresa muy rico es un anzuelo, pero no siempre se pica en él. Al embarcarse, el canario empieza a ser carne de desarraigo, pero prefiere lo desconocido a seguir viviendo en unas condiciones de extrema pobreza.

En las oleadas migratorias influyeron de forma decisiva las situaciones económicas temporales de Venezuela y Cuba. Venezuela fue destino privilegiado en la mitad del siglo XVIII, por los monopolios y por vivir en una economía en expansión. En Cuba, frente a la agricultura de plantación, el canario realizó la gran labor de la agricultura de abastecimiento diario.

Además de estas migraciones a Venezuela y Cuba, hubo otros movimientos que no fueron más que intentos, como el de México para evitar la entrada de colonos norteamericanos pero que no se pudo llevar a cabo por los problemas políticos mexicanos de los años 20. Más éxito tuvo la corriente fomentada

por la Corona para llevar canarios a la Luisiana desde 1774 y así evitar la vuelta de Francia a esta colonia y apoyar la presencia española en ella.

TORNERO TINAJERO, Pablo: *Crecimiento económico y transformaciones sociales. Esclavos, hacendados y comerciantes en la Cuba colonial (1760-1840)*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. 1996. 390 p.

Manuel Casado Arboniés
(Universidad de Alcalá / ACISAL)

Muchas reseñas tienen por costumbre resaltar las cualidades de la obra objeto de la misma y del autor que la hizo. Si con ello se pretende evitar que la obra quede condenada irremisiblemente a los círculos más especializados o especialmente interesados en el tema bien vale la pena que sea así.

Este no es el caso de la obra de Pablo Tornero, que por supuesto no va a ser una excepción, obviamente, y menos si se tiene en cuenta que lo aquí reseñado es el trabajo de muchos años de investigación y fatigas.

Pero dejando a un lado la siempre recomendable cortesía, que también tantas veces se echa en falta en este tipo de reseñas, lo valiente es lo que Pablo Tornero nos presenta en esta obra sobre un período clave de la Cuba colonial, afrontando el gran tema de las relaciones entre hacendados y comerciantes a propósito de la esclavitud en una amplia coyuntura cronológica, 1760-1840. Aspectos nada heterogéneos como esclavos, hacendados y comerciantes, se conjugan de forma brillante en el trabajo de investigación llevado a cabo por Pablo Tornero.

Cuba es el tema, y lo es para esos cupos proporcionados y reglamentados de esclavos negros, en vez de los desemejantes y anárquicos de tiempos anteriores, cuando no existían normativas

al respecto. Pablo Tornero ha comprendido muy bien que la legislación real señalaba unos "límites" bien definidos para estudiar el movimiento de esclavos negros y mercancías e inició ahí su estudio. Inicio (1760) y término (1840) de un estudio pueden parecer más aleatorios que el propio enfoque económico, pero son fechas de una importancia capital para el desarrollo de Cuba.

Si el año 1718 había tenido una gran importancia por ser el de la concesión del *Reglamento* que sistematizó el comercio efectuado con Indias, el autor tiene plena consciencia de que las claves reales hay que buscarlas en los años previos a 1778, cuando se dio el *Reglamento de Libre Comercio*, que es el verdadero inicio del trabajo aquí reseñado.

El cuerpo fundamental la obra se estructura en cinco capítulos, ciertamente desiguales, precedidos de una introducción que es algo más que una declaración de intenciones en materia metodológica e historiografía, lo es también de principios, que se van fundamentando a medida que el autor concluye cada uno de los cinco capítulos que integran el libro.

Problema sustantivo de todo trabajo histórico son las fuentes y podemos comprobar que las aquí utilizadas son valiosas, tanto españolas (Archivo General de Indias de Sevilla y Biblioteca Nacional de Madrid), como cubanas (Archivo Nacional de Cuba, Archivo Municipal de La Habana y Biblioteca Nacional José Martí).

Pablo Tornero ha manejado un excelente esquema, en el que sin embargo hemos detectado algunos errores formales, propios de un investigador enfrascado en su cometido, tales como discontinuidades en los epígrafes, etc, echándose además en falta un índice general de materias y otros más analíticos (onomástico, toponímico, materias).

El esquema nos muestra en primer lugar la infraestructura con que se contaba para tal comercio: los puertos principales

de salida y llegada, y los hombres que se ocupan de este negocio (desde los pilotos y capitanes de ribera hasta los burgueses que efectuaban las transacciones). El autor ha tenido además el acierto de narrarnos las vicisitudes de los distintos puertos a lo largo del proceso histórico, sucediéndose unos a otros. Algo que es esencial para quienes no estamos familiarizados con los pormenores de la historia económica cubana. Y dado lo complejo del comercio, el autor se ve obligado a extender el análisis de la infraestructura fuera del ámbito cubano, como es obvio. Sobre esa base se teje luego la maraña de las relaciones comerciales, que son extraordinariamente complejas; un mundo de círculos concéntricos cada vez más alejados, hasta donde llegan los hombres y los productos que comercian, demasiado lejos en el tema de la esclavitud. Quienes hemos trabajado en alguna ocasión temas de producción y comercio sabemos sobradamente la necesidad de perfilar un buen esquema para evitar que los barcos y las mercancías nos impidan ver el alcance del comercio global.

En un primer capítulo (pp. 19-107) aborda ampliamente el tema de la provisión de mano de obra esclava y los planteamientos y actitudes al respecto del Estado español metropolitano, y de la propia oligarquía criolla cubana artífice del lacerante comercio negrero. Un comercio perfectamente organizado y perfilado en dos etapas que Pablo Tornero analiza desde la perspectiva del tráfico: la fase de las contratas y compañías, de 1743 a 1784; y la fase del comercio libre de negros, de 1789 a 1817. Las entradas de esclavos en La Habana y el Cuba aparece además cuantificada en unas oportunas tablas y gráficas que acompañan en todo momento su pormenorizado análisis del tráfico, si bien como tal punto uno, no tiene continuidad en otro dos, tres, etc., como sin duda había pensado el autor dado el espacio que le dedica. Y termina el capítulo abordando las contradicciones de

la oligarquía cubana respecto a la trata y al control colonial de la misma. Parece obligado aludir a los discursos políticos que se hacen de cara a las relaciones con Cuba, que es el de los mutuos contactos, con sus flujos y reflujos, para concluir que la polémica abolicionista presente en las Cortes de Cádiz y en la firma del protocolo anglo-español de 1817, se vería soslayada en Cuba por el propio empuje de las fuerzas económicas capitalistas, decantadas hacia nuevas formas de explotación del hombre que, años después, en plena etapa industrial (superada la etapa comercial) podrá prescindir de la trata y en definitiva de la esclavitud negra.

Un breve segundo capítulo (pp. 109-140) sistematiza para el caso cubano los caracteres demográficos de la esclavitud, comenzando por su evolución general, para pasar a abundar en su papel tanto en la producción azucarera como en la agricultura mixta. Para ello el autor construye un complejo aparato gráfico, con una cronología variable desde 1778 a 1817, que contempla la distribución geográfica de la población libre y esclava, su evolución, composición por sexos, sexo y edad, y sexo, edad y estado civil, en función de los datos elaborados a partir de las fuentes consultadas. No faltan tampoco en este capítulo algunas repeticiones en la ordenación alfabética de epígrafes y subepígrafes.

Son los capítulos tres (pp. 141-193) y cuatro (pp. 195-288) los que conducen la obra hacia su parte final, dedicada al comercio exterior de Cuba en momentos prerrevolucionarios para otras áreas coloniales, que han sido ya objeto de estudios en una línea similar como es el caso de Caracas, abordado en una trilogía por Manuel Lucena Salmoral, iniciada con sus *Visperas de la independencia americana: Caracas* (Madrid: Alhambra, 1986. 389 p.), y que tuvo continuidad con *Características del comercio exterior de la provincia de Caracas durante el sexenio revolucionario (1807-1812)* (Madrid:

Instituto de Estudios Fiscales. 1990. 558 p.) y *Los mercados exteriores de Caracas a comienzos de la Independencia* (Caracas: Academia Nacional de la Historia. 1992. 395 p.).

El capítulo tercero nos presenta de manera rigurosa la situación de la producción azucarera cubana, analizando los factores externos e internos que intervienen en su transformación hasta que tiene lugar el "despegue productor" de Cuba, que fundamenta el autor en la mejora de las infraestructuras y en la renovación técnica. Una tabla-apéndice correlaciona la producción (absoluta y por caballería) de ese azúcar cubano con la extensión del ingenio (número de caballerías y valor de la tierra y del propio ingenio) para el período 1784 a 1836.

Por su parte el capítulo cuarto pasa a estudiar con cierta amplitud el sistema económico azucarero cubano a partir de los factores de producción: tierra, trabajo y capital. El esquema no podía ser más claro. La evolución de la tierra desde las estructuras tradicionales al ingenio. El complejo mundo del trabajo, incluida toda la problemática del trabajo esclavo. Y el desarrollo del capital, desde las primeras acumulaciones en manos de la oligarquía criolla, hasta las crecientes actividades crediticias derivadas de las fuertes inversiones necesarias en el ingenio. Es aquí donde Pablo Tornero establece las vinculaciones entre comerciantes españoles y hacendados cubanos, siendo los primeros los que controlan el sistema de crédito, convirtiéndose con ello en el verdadero instrumento político de dominación colonial del gobierno de Madrid. Y de nuevo son los apéndices los que cuantifican y establecen proporcionalidades dentro de los ingenios para el período estudiado: número de caballerías y de esclavos, producción azucarera, amortización del capital invertido y valor total de los ingenios.

El capítulo quinto (pp. 289-390), último y más extenso de la obra, analiza el

comercio exterior cubano desde 1760 hasta 1840. Se estudia en profundidad la labor de los comerciantes españoles, artífices del comercio exterior de Cuba. A partir del tráfico comercial organiza los datos sobre el conjunto de mercancías negociadas, lo que nos muestra la multiplicidad de renglones, el volumen y valor de los mismos, etc. La combinación de número de barcos y mercancías ofrece, como siempre, los mejores niveles de comprensión, y es un aspecto donde el punto de partida elegido en el estudio juega un papel relevante. El comercio fraudulento también aparece, aunque como de costumbre resulta imposible definirlo con precisión. El planteamiento de los circuitos europeos (España, Gran Bretaña, Francia y otros), tiene su contrapartida en un alejamiento progresivo hasta abrirse al mundo norteamericano, convirtiéndose el comercio con Estados Unidos en el eje central del capítulo, sin olvidarse de trazar la evolución de la balanza comercial en Cuba.

Destaca también en este capítulo el estado de la cuestión que nos presenta sobre el tema, para adentrarnos en el papel del comercio en el contexto de la economía cubana. Se analiza su estructura a partir de los renglones de exportación e importación, que son cuantificados en función del movimiento naval, hasta configurar la balanza comercial de Cuba.

Tras el complejo aparato cuantitativo del comercio, la obra concluye con una valoración de las condiciones de ese intercambio definidas a partir de dos etapas: 1765-1796, marcada por el "control español" y sus actitudes de apoyo al comercio; y 1797-1840, de dependencia de Estados Unidos. Pablo Tornero no duda en situar en sus justos términos la actuación de la oligarquía cubana en ese cambio que ha conducido a que la presencia mercantil estadounidense se haga "imprescindible para el sistema de plantación esclavista cubano". Mientras, el gobierno de Madrid es incapaz de

reconducir a Cuba hacia un "colonialismo moderno" basado en el desarrollo del capitalismo industrial, cuando los hacendados azucareros, carentes de proyecto político de futuro para Cuba, sólo se sentían respaldados en su conservacionismo por ese mismo gobierno, viviendo "en un mundo que ya no era el suyo", sin hacer uso de su libertad y con el omnipresente "miedo al negro". El contrapunto será la importante participación de los Estados Unidos en la economía de Cuba con la implantación de un nuevo sistema de relaciones comerciales que, finalmente, será el que determine la historia y el futuro de la propia Cuba y sus habitantes.

Si la obra está ilustrada por innumerables tablas y abundantes gráficas (51 para ser exactos) que recorren el texto de principio a fin, este último capítulo incluye un apéndice más abultado que aporta numerosos datos sobre los valores del tráfico comercial, de los productos negociados (exportados e importados) -por destino y origen-, referidos al puerto de La Habana y a Cuba en general.

Podemos concluir esta reseña diciendo que Pablo Tornero ha puesto en manos de los investigadores y estudiosos de Cuba una excelente investigación en el campo de las relaciones socioeconómicas y comerciales de Cuba durante el período 1760-1840, ofreciéndonos unos datos importantes dentro del marco de la Historia Económica, así como una serie de registros muy sugestivos en lo relativo a las consecuencias de los nuevos mecanismos de contacto entre Cuba y España, junto a las intervenciones de otros países extranjeros y especialmente Estados Unidos. Este estudio, tal como nos consta, es la armadura del que actualmente realiza Pablo Tornero y del que confiamos ver pronto nuevos y valiosos resultados. Estamos ante una obra realmente importante dentro de la historiografía cubana, que además va a tener una ansiada continuidad.